Ernesto Pérez Zúñiga

No cantaremos en tierra de extraños

Galaxia Gutenberg

ERNESTO PÉREZ ZÚÑIGA

No cantaremos en tierra de extraños

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre 2016

© Ernesto Pérez Zúñiga
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación:
Depósito legal: B. 15099-2016
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16734-08-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Este libro es para mi padre, Ernesto Pérez Soler,
quien en las tardes de mi niñez me inició
en las aventuras del oeste.

También se lo dedico a Juan Diego Pérez González,
porque lo condenaron a seis meses y un día
en un año muy cercano al fin del franquismo.

A Luis Mateo Díez, quien me hizo ver que las historias
que más nos conciernen conquistan aquello
que (todavía) no somos.

Y a Carlos García Gual,
que me impulsó a regresar a la épica.

There is a river called 'The river of no return',
Sometimes it's peaceful and sometimes wild and free.
Love is a traveler on 'The river of no return'
Swept on for ever to be lost in the stormy sea.

Wail-a-ree, I can hear the river call, no return, no return,
Where the roarin' waters fall, wail-a-ree.
I can hear my lover call come to me, no return, no return.
I lost my love on the river and for ever my heart will yearn.

Gone, gone for ever down 'The river of no return'.
Wail-a-ree, wail-a-re-e-ee, you'll never return to me.
No return, no return. Never.

Lionel Newman, Ken Darby
(cantada por Robert Mitchum y Marilyn Monroe
en *Río sin retorno)*.

PRIMERA PARTE

–Dime quién eres antes de que me saquen la bala.

Dentro de la luz se perfilaron los estucos, la pared pintada con adornos *palaciegos,* pensó. Pero *bala* había sido la primera palabra importante del día. Acarició las sábanas, reconociendo la calma que le proporcionaban desde su ingreso en el hospital Varsovia de Toulouse. Todo lo contrario que sus sueños, donde volvía a suceder una y otra vez la pérdida de su mujer.

Seis años atrás le había prometido regresar después de la condena, a la que luego se habían sumado el destierro, el campo de concentración y el sótano. *¿Ángeles sigue viva?* Cómo podría saberlo, viajar al otro lado de los Pirineos era imposible y peor con aquella fiebre que tiraba de su cuerpo con un extra de gravedad. *¿Quién es?*

Se refería al enfermo que ocupaba la cama de al lado, sustituto del moribundo que se habían llevado por la noche mientras él se agotaba tapándose las orejas para no oír sus gemidos, ni el resto de las respiraciones que se concentraban en la sala. Le costaba aceptar que el presente consistía en permanecer entre camas ocupadas por supervivientes de una historia que desconocía por completo. Los últimos años le habían pasado por encima como una tormenta, mientras él trataba de sobrevivir dentro de un sótano.

Ahora quiso mirar al nuevo, hacia su izquierda, sin despegar la cabeza de la almohada, y ya se encontró la cara que se burlaba de él, como si aquellos ojos grandes se sintieran satisfechos y orgullosos de la barba y de las heridas que sin duda traía del frente y se comparara, socarrón,

con cada uno de los que no habían luchado en la frontera.

Desde ayer se rumoreaba que iban a llegar heridos procedentes de las montañas. *Ayer.* ¿Pero qué día era hoy?

–17 de octubre de 1944 –dijo el nuevo, que no había dejado de mirarlo y que obviamente lo había oído hablar, en voz alta.

Tendría que aprender a controlar la fiebre que vivía en el hueco de su cabeza, o la locura cultivada en el encierro, ya bien arraigada. Se incorporó sobre la almohada y estiró la mano:

–Manuel Juanmaría.

El recién llegado la apretó con firmeza:

–Sargento jefe Ramón Montenegro, en estos momentos sin ejército, y en una vida anterior profesor de literatura en un instituto de Madrid.

Manuel vio pasar por su mente las alambradas, el verde más allá, tan real que se podían tocar algunas briznas en el campo de Vernet; mucho antes, infinitamente antes, un árbol en la frontera, *de sus ramas colgamos nuestras arpas,* la violencia de los rostros que les detuvieron; atrás, más atrás, la mala sombra de los aviones, las tablas mal clavadas del ataúd en el que salió de Vulturno, vivo a pesar de todo pero como si nunca hubiera vivido. Y el hambre, después y después y después, «contra el hambre, alambrada día y noche», como decía Max en Vernet, hasta que llegó aquella canción, *olvídeme de mí si te olvidare,* cuya música había nacido del páramo que se expandía por el estómago y las tripas.

Por lo que no resultaba fácil prestar atención a lo que decía el sargento jefe, y menos si hablaba tanto de aquella casa donde había estado refugiado unos días antes de fracasar en la Operación Reconquista con la que había tratado de entrar en España a través de los Pirineos:

–Ha sido un desastre pero estas heridas compensan las camas y los manjares de Maillon. Con sólo contar lo que había hecho en París contra los nazis, me abrían todas las puertas y un buen puñado de corchetes.

¿Corchetes? Aquella palabra se había quedado sola, alumbrada en mitad de la mente de Manuel, pero esta vez ni siquiera había abierto la boca cuando Montenegro ya la estaba explicando:

–Sujetadores, ropa interior.

¿O es que otra vez había hablado sin darse cuenta?

Y Manuel se iba haciendo una idea de su nuevo compañero: cínico, envalentonado, más de cuarenta años y marcado por la intemperie, un hombre al que le gustaba hablar y quizás también escucharse, *un superviviente que conserva la moral muy alta*.

Alguien parecido a él fue quien lo incorporó del suelo cuando los franceses lo sacaban del Castillo de Colliure, donde habían concentrado a los anarquistas en la avalancha que llegó a Francia al fin de la guerra. Manuel decidió contárselo:

–Tropecé entre los fusiles, y un soldado que entraba en el castillo me ayudó a levantarme.

Aquella niebla viajó de un hombre a otro, de los ojos febriles a la mirada decidida, del rostro macilento y afeitado al salvaje de barba, nieve, bosques, trincheras y quién sabe. Montenegro apoyó la cabeza en la almohada y dijo:

–Puede ser. Nos asignaron el castillo y, al llegar, nos cruzamos con unos muertos de hambre, todos lo estábamos, pero lo vuestro parecía una reunión de mendigos. Uno cayó, es cierto. Lo siento, no reconozco tu cara.

–Yo tampoco –murmuró Manuel–; prefiero no mirarme en un espejo.

–Parecía imposible, pero después todo fue peor. Éramos todavía soldados de la República antes de caer en la trampa de Francia, que ya nos ha traicionado dos veces, una traición se llamó Daladier, a quien dedicamos la mejor letrina

del campo Argelès-sur-Mer, y la otra se llama De Gaulle, por quien hemos liberado París, y él nos paga aceptando el gobierno de Franco.

Francia es mi única casa, pensó Manuel.

–Tu casa... –le reprochó Montenegro–, tu casa fue el castillo donde te encerraron para darte la bienvenida.

De eso sí se acordaba Manuel. Los soldados habían llegado con la orquesta militar tocando el himno de Riego, en formación, tratando de dignificar aquel paso de la frontera después de La Retirada. Y, junto a los soldados, una muchedumbre sin fuerzas que se dispersaba al primer ronroneo de los Junkers.

–A nosotros –continuaba Montenegro–, nos quitaron las armas en cuanto llamamos al timbre de tu casa, y todavía nos dejaron libres en Colliure. En esos días enterramos al mejor poeta de España. Tuve el honor de cubrir el féretro con la bandera republicana y, aunque no conseguí plaza para cargarlo al hombro, caminé justo detrás, encabezando la marcha codo con codo con alguno de los políticos a los que tu casa repatrió poco después. Y Franco, por supuesto, los fusiló.

Montenegro se quedó callado, mirando al techo, y luego dijo:

–¿Sabes? Toqué aquella madera. La tela tricolor se resbalaba del ataúd, como todo se había ido resbalando desde el 36. Y oí la música más triste del mundo. La tocaba un hombre solo delante de la tumba, no sé qué instrumento de cuerda. Llenaba cada resquicio del cementerio.

Manuel recuperó la imagen de un hombre que había arrojado al suelo su equipaje antes de cruzar la frontera, *era una maleta, y al caer se abrió y los papeles se fueron derramando por el polvo, y pisábamos aquella caligrafía porque a nadie quedaba voluntad nada más que para seguir avanzando.*

¿Chsst?

Le estaba chistando Montenegro; incorporándose, le daba con el brazo:

–Deja de cuchichear y cuéntame más de ti. Me gustaría conocer a la persona que se acuesta a mi lado antes de que los médicos me maten.

–No hay mucho que contar. Trabajaba en una compañía eléctrica en un pueblo de Andalucía y allí me condenaron por anarquista. Conseguí escaparme y llegué a la frontera. Desde Colliure me llevaron a un campo de concentración. Allí me parece que estuve siempre y allí sigo estando.

En el techo, junto a la raya marcada por el adorno en estuco, Manuel veía los rostros que sus propios ojos proyectaban y que se iban transformando en palabras: el relojero, el conde, el zapatero, el industrial, el pintor, el diplomático, el peletero, el tuerto sin oficio, el flaco entre los flacos, el minero, el chófer, aquellos vascos que detuvieron por casualidad, el tranviario, el sacristán de Murcia, el testigo de Jehová que le enseñaba a cantar los salmos, los judíos que traían de cualquier parte, este griego, aquel austriaco, francés, húngaro, y también españoles de todo rincón con nombre; el hijo de puta jefe de la barraca, gordísimo, capaz de estrangularte por un plato de lentejas; los comunistas del fondo, inseparables, que habían luchado en las Brigadas Internacionales y que llamaban traidor a quienquiera que no pensase como ellos; y, por encima de todos, Max te observaba y te levantaba del suelo una y otra vez con la mano que usaba para apuntar frases en papelitos. Cualquier ideología o procedencia valía para ser prisionero, lo más apreciado era la torpeza de haber caído sin causa: torpes todos, inútiles con los carceleros y con el hambre y con la sensación de que la montaña y el río estaban al alcance, a un paso más allá de las alambradas; insalvable el espacio reducido, como vivir dentro de un cráneo inserto dentro de un cráneo mayor: el campo de Vernet, atestado de pensamientos de inconcebible crueldad convertidos en acciones de inmediato. Tienes razón con lo que has dicho de Francia, sargento jefe, y tenía razón Max. «Al buen lamer llaman francés», me

decía para que me riera de aquellos carceleros que estaban trabajando para el fascismo. Y luego me encerraron en la Jaula.

–¿Qué era la Jaula?

–Un trozo de tierra cercado y a la intemperie.

–¿Y por qué te encerraron allí, compañero, qué hiciste?

–No quise acarrear más piedras.

Tenía que llevarlas de aquí para allá, con razón ninguna. Cuando dejó de hacerlo tomó una decisión superior a la voluntad, que cedió al peso de hierro que suponía vivir cada segundo. Y tampoco sabía por qué, ya en la Jaula, se puso a cantar bajo los golpes, arrodillado, aquella letra que le enseñó el testigo de Jehová y que luego Max había completado y mejorado con una versión española. No sabía decir de dónde vino la música en aquel momento preciso, de algún lugar detrás del esternón y que no parecía suyo ni de nadie, sino de una conjunción de tierra y cielo en aquella encrucijada de su cuerpo. Cantó y los golpes se detuvieron: el látigo y las órdenes que hablaban en francés. Y como si el silencio fuera viento que se levantara en todas direcciones, cada centímetro del campo se fue callando. Él mismo oía su propia voz como si fuera la de otro. Entonces se dio cuenta de que uno de los oficiales, el más viejo, se había acercado, y lo escrutaba. Se llamaba Corbeau.

Manuel calló. *Cómo seguir contándole la verdad, mejor decir:*

–Cuando salí de allí trabajé en una mina, hice carbón, fui leñador en los bosques de l'Ariege.

Lo siguiente que vio en el techo del hospital Varsovia ya no fueron palabras para Montenegro sino aquella historia que jamás le confesaría. *Porque la lucha sucede dentro de uno contra la marioneta que tiene mi rostro. Porque el que está ahí dentro sabe que hay tres partes de uno mismo sobre una que podrían quitarse las cadenas de los acontecimientos, que po-*

drían haberlo hecho pero no supieron cómo, y en cambio se convencieron de que era aquella marioneta la que importaba, y la que tenía que actuar según me enseñó mi padre.

–No me hables de padres –dijo Montenegro–. Los míos son del norte, a saber qué fue de ellos en la guerra. Y, sobre todo, no me hables de Francia. No nos ayudó a proteger nuestro primer intento de democracia y, encima, nos recibió a culatazos.

–Al menos Francia nos ha dejado este hospital. Mucho más que España –dijo Manuel–. ¿Qué fue de ti después de Colliure?

Después, contó el sargento jefe, fue internado en el campo de Argelès-sur-Mer, del que consiguió salir para enrolarse en la Legión Extranjera, luchar en África a cambio de una graduación de esclavo, y desertar de los franceses profascistas que torturaban con sus botas de hierro a los refugiados españoles en los campos de Argelia. Persiguió y alcanzó la sombra prestigiosa de Lecrerc, quien regaba otra vez con entusiasmo las raíces ya secas de todo lo que no fuera instinto de supervivencia y miedo.

Lecrerc nos decía: «No sois los combatientes de la guerra civil, sino los de una cruzada por la libertad». Y nosotros le creíamos. Así nos embarcamos hacia Inglaterra y después hemos llegado a esta tierra. Nos llamaban la Nueve. Íbamos bajo el mando de la Francia Libre, en carros de combate con nombres españoles, Quijote o Belchite, cosida al hombro la bandera republicana. Hemos respirado plomo y lo hemos hecho masticar a los alemanes. Hemos tenido que avanzar dejando atrás la muerte de aquel cuerpo que se llamaba compañero, que sabía contar cómo había escapado de España y ahora continuaba guerreando por un mundo justo para todos. Había que aprender a dejarlos difuminados, repartidos en una explosión, acribillados en una emboscada. Muchos éramos mayores para esto. La guerra está hecha

para gente de veinte años, incluso yo me dormía de pie o no me despertaba en la trinchera hasta que las bombas percutían una y otra vez; un resplandor te acababa avisando, si tenías suerte.

No sólo Manuel, la sala era escucha, una escucha hacia fuera que se giraba hacia dentro. Se había detenido cualquier otra conversación o actividad, salvo la nerviosa que se notaba en las manos de algún enfermo que pellizcaba las sábanas o un periódico atrasado. Cada uno había regresado a su propia historia, similar a la de Montenegro en lucha y en desdicha, más infeliz de aventura en la mayoría de los casos, hundidos demasiado tiempo en trabajos forzados en bosques o en minas, o en la construcción de empalizadas, o simplemente abandonados en un campo de concentración y otro, en tierra francesa o plenamente nazi, viendo perderse a los amigos y a la familia desperdigada.

–Yo fui afortunado –continuó el sargento jefe– porque entré en París con los primeros. Recorrí los Campos Elíseos con mi brigada entre la alegría de los miles de hombres y mujeres que luego nos buscaron, para darnos el abrazo que nos iba a quitar De Gaulle casi al instante. Antes, todavía tuve tiempo de disparar contra los nazis en las calles de París. Después el maldito general afirmó que aquella ciudad la habían liberado los franceses. Lecrerc nos dijo que había que seguir avanzando hacia Alemania y que no atacaríamos las fronteras de España. Así rompió su promesa, obedeciendo a De Gaulle. Para él y el resto de los aliados ha sido más cómodo dejarle a Franco nuestro país. Muchos compañeros han preferido seguir con Lecrerc, que es un gran hombre. Pero yo tenía por fin los Pirineos a la vista y no pude aguantarme. Después de tanto esperar, el paso ha sido en falso, otra vez a la española: ni ejército, ni armas y un plan descabellado, La Reconquista, todos inexpertos, demasiados comunistas en el mando. Aun sabiendo que las cosas se hacían mal, quise ir y recibir esta bala, la bala que hoy sin falta me tienen que quitar.

Esos tacones son de María, entre los otros pasos, piensa Manuel.

–¿Quién es María? –pregunta Montenegro.

Los pasos suenan en la sala de techos altos y suelos de madera vieja, entre paredes con motivos florales de otro siglo, donde se apoyan las quince camas de los enfermos, que podrían parecer en aquel palacio reconvertido en hospital, más que heridos de guerra, invitados a pasar unos días de descanso, algunos con un periódico abierto, reunidos para estar sencillamente tumbados y mirándose, como si recuperarse del hambre, la tuberculosis, la sífilis o la metralla fuera un pasatiempo y no una obligación.

–El edificio ha sido requisado a un colaborador de los alemanes, un tal Maignan –explica el que encabeza la visita, un hombre de unos sesenta años, vestido con bata blanca y peinado hacia atrás: Torrubia, el director del hospital Varsovia de Toulouse. Tiene una mirada penetrante, azul, la nariz aguileña, la boca fina. La boca dice–: El material médico también es requisado. Los franceses se lo quitaron a los nazis cuando se retiraban y nos lo han entregado a nosotros. Aparte, por supuesto, de vuestras donaciones.

–Al menos nos queda esto de España –dice el más corpulento del grupo, que tiene acento americano bajo el bigote corto, y poder en la manera de andar.

–¿A nosotros, Barsky?

–A nosotros, Howard, también a nosotros. Los dos coincidimos en Madrid –dice Barsky, ahora dirigiéndose a la mujer, la doctora María Gómez, con su correspondiente bata

blanca, unos cuarenta años y el cabello abundante y moreno–. Yo fui para curar a la gente y él para tomar notas. Es escritor.

Howard Fast sonríe. Detrás de las gafas de pasta, sus ojos son más serios y bondadosos que el movimiento de sus labios, gruesos y sensuales. Dice:

–Entre anotación y anotación tuve que pegar algunos tiros. Pero no conseguimos echar de allí a los fascistas, ni siquiera los médicos consiguieron hacerlo.

–Cuando reclutábamos a los voluntarios en Nueva York, a finales de 1936 –insiste Barsky señalando con la cabeza a Howard–, había un tipo de personas que no nos resultaba especialmente útil, y que acudía a nosotros en masa: los escritores. Pronto se dieron cuenta de que no necesitábamos lo que sabían hacer. Pero ellos, como era de esperar, eran hombres y mujeres con imaginación. Venían disfrazados de conductores de ambulancias, mecánicos, enfermeros, incluso como médicos.

Howard, riendo, comienza a defenderse. Le quita de la cabeza a los presentes la imagen de Hemingway, y la sustituye por la de él mismo atrincherado en un edificio de la Universidad de Madrid, detrás de los gruesos tomos de la Enciclopedia Británica con la que trataba de protegerse de los disparos. Aquellos libros eran más útiles que nunca, dice, no creáis al bueno de Barsky. Vinieron muchos otros escritores soldados, como mi amigo Milton Wolf o Johan Brouwer, un holandés que decía ver los fantasmas de los caídos, o aquel uruguayo de origen gibraltareño, que cayó demasiado pronto para poder terminar su primera novela. Todos ellos sostenían que ganar aquella guerra en España era crucial para detener lo que luego vino, los millones de muertos en el resto de Europa. Los médicos curaron el presente de cada uno. Los escritores que yo conocí, además de pegar tiros, trataron de dejar testimonio de la guerra para los que vengan después.

–La mayoría de estos enfermos ya la conocen muy bien –dice Torrubia–. Igual que María y yo, han pasado por cam-

pos de concentración y luego han sobrevivido a distinta suerte. Éste, por ejemplo, acaba de llegar de los Pirineos. Es el que tengo que operar ahora –continúa el director del Varsovia señalando a Montenegro, mientras la mujer se sienta en la cama de al lado.

–¿Cómo estás, Manuel?

El rostro de Manuel Juanmaría se ilumina con un éxtasis de película muda. Ella, la doctora Gómez, había cogido su mano y la apretaba en un cariñoso gesto que se fue transformando en la postura perfecta para tomar el pulso al enfermo. Mientras tanto, Torrubia se había inclinado sobre Montenegro y, después de abrirle la camisa, le exploraba la zona del abdomen, cubierta por un denso vendaje. Los americanos se detuvieron frente a la señorial chimenea situada junto a las camas y señalaron el hogar vacío.

–¿No alcanza la ayuda de la cuáquera? –preguntó Howard.

–Estamos esperando el frío –dijo la doctora Gómez alzando el rostro, la nariz redondeada, los ojos con un brillo recóndito, los labios tantas veces tapados con la máscara de operar.

–No dudes del Joint, señor escritor –dijo Barsky dándole una palmada en el hombro y acudiendo a la llamada de Torrubia.

Intentaba ser amable, pero no soportaba la ironía de Howard respecto al esfuerzo de los demás y menos aún si se burlaba de su propio esfuerzo, el de Edward Barsky, héroe de la Brigada Lincoln, que había fundado siete hospitales en plena guerra y ahora había insistido en impulsar desde Estados Unidos el Joint Antifascist Refugee Committee. También Howard formaba parte de él y debía saber que no era precisamente un regalo gestionar los recursos de la cuáquera millonaria y de cualquier otro ciudadano que quisiera prestar ayuda a aquellos refugiados españoles. No lo hacía por gusto, estaría mejor ejerciendo la medicina en su país. Llevaba trabajando para la misma causa desde hacía nueve años,

una causa siempre a punto de perderse si no fuera por gente como los médicos del hospital Varsovia. Los admiraba. Y gracias al Joint, ahora podían dedicarse por entero a esa profesión que tanto Torrubia como María Gómez se habían empeñado en seguir ejerciendo en los campos de concentración a pesar de ser prisioneros como los demás, aunque los castigasen una y otra vez los médicos oficiales del régimen.

Barsky se agachó para ver mejor lo que quería enseñarle Torrubia:

–¿Qué te parece esa bala?

El visitante movió negativamente la cabeza y Torrubia continuó diciendo:

–Desde luego le vendrá bien el método Barsky.

Montenegro se incorporó en la almohada y preguntó:

–¿Qué método es ese?

–Una manera especial de sacar metralla de la carne, con cortes menos dañinos y una recuperación más rápida.

–Eso espero, doctor, confío en la tecnología americana. En España hicimos la guerra tirando piedras a los tanques. Y me gustaría tener la oportunidad de seguir tirando unas pocas más.

Aquel soldado, encamado en espera de operación, lanzaba sobre los presentes un aura invencible y tozuda, persistente en la convalecencia, como aquellos que en los sepulcros medievales duermen abrazados a sus armas.

Y, ante él, Torrubia, Barsky, Howard Fast y la doctora Gómez habían formado un semicírculo, dando la espalda a Manuel, tumbado de lado, atento a las pantorrillas de la mujer. *Esta suavidad que quiero tocar.* Estiró el brazo y acarició un instante la piel de María, que se giró para devolverle una caricia en la mano.